



## **EL ETERNO JOSÉ IGNACIO CABRUJAS:**

**Algunos referentes  
para su universo escritural**

Carlos E. Herrera

**EL ETERNO JOSÉ IGNACIO CABRUJAS:**

**Algunos referentes  
para su universo escritural**

Carlos E. Herrera

*ediciones*  
**MINCI**

**EL ETERNO JOSÉ IGNACIO CABRUJAS:**  
**Algunos referentes para su universo escritural**  
**Carlos E. Herrera**



Colección Claves

Ediciones **MinCI**

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información

Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular para  
la Comunicación e Información. Parroquia Altigracia, Caracas-Venezuela.

Teléfonos (0212) 802.83.14 / 83.15

Rif: **G-20003090-9**

**Nicolás Maduro Moros**

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

**Jorge Rodríguez**

Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)

**Estela Ríos**

Viceministra de Planificación Comunicacional

**Kelvin Malavé**

Director de Publicaciones

Edición y corrección de textos/ **Daniela Marcano**

Diseño y diagramación/ **Luis Manuel Alfonso**

Depósito Legal: **DC2018001167**

ISBN: **978-980-227-404-8**

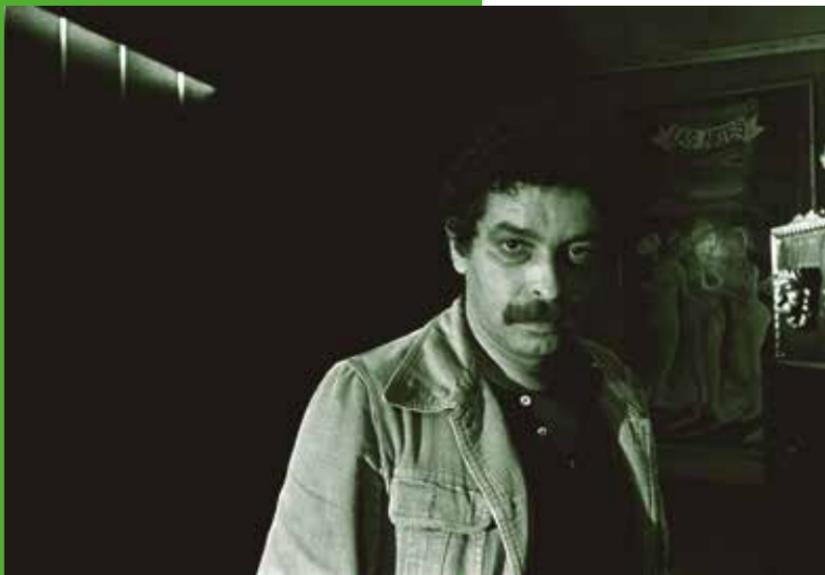
Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela

Julio, 2018

**EL ETERNO JOSÉ IGNACIO CABRUJAS:**

**Algunos referentes  
para su universo escritural**

Carlos E. Herrera



**EL ETERNO JOSÉ IGNACIO CABRUJAS:**

**Algunos referentes  
para su universo escritural**

## NOTA BIOGRÁFICA

José Ignacio Cabrujas fue un destacado dramaturgo, director de teatro, actor y guionista de cine y televisión. Nació el 17 de julio de 1937 en la ciudad de Caracas. Pasó su juventud en las calles de Catia. Estudió en el liceo Fermín Toro y al graduarse ingresó a la Universidad Central de Venezuela para cursar la carrera de Derecho, la cual abandonó para dedicarse al teatro. Su primer debut como actor fue en el Teatro Universitario (TU), en una obra de Nazim Hikmet titulada *Leyenda de amor*, dirigida por Nicolás Curiel en 1959. Su apellido en realidad es Cabruja, pero en una ocasión el periodista Lorenzo Batallán publicó una crítica sobre su actuación en la cual agregó una s al final de su apellido, lo cual no molestó al artista y decidió seguir usándola.

En 1961, viajó a Italia donde formó parte del Grupo Piccolo Teatro di Milano. Al volver a Venezuela creó el Teatro de Artes de Caracas, y estrenó su obra *El extraño viaje de Simón el malo*.

Por su actuación en la película *Los ángeles terribles* (1966) resultó ganador del Premio al Mejor Actor en el Festival de Teatro Venezolano. Ese mismo año actuó en la obra *La revolución* de Isaac Chocrón, y fue nominado al Premio de la Asociación de Críticos de Nueva York. Para 1972 se le otorgó el Premio Juana Sujo por su participación en la obra *Ricardo III*. Además de sus grandes actuaciones también se encargó de dirigir la Escuela de Teatro adscrita al Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, a la vez que fue productor y director en la Radio Nacional de Venezuela del programa Ópera dominical.

En cuanto a su pluma, Cabrujas escribió crónicas en el semanario *Punto en Domingo* y en *El Sádico Ilustrado*, en *El Diario de Caracas* publicó semanalmente una columna titulada “El país según Cabrujas; escribió el guion cinematográfico de *La quema de Judas* (1975) y *Sagrado y obsceno* (1976). Durante 20 años escribió telenovelas que cautivaron a sus espectadores, algunas de las más exitosas fueron: *La señora de Cárdenas* (1977), *Silvia Rivas, divorciada* (1977), *Natalia de 8 a 9* (1980), *Chao Cristina* (1982), *La dueña* (1985) y *Señora* (1988-1989). Así como sus novelas marcaron un antes y un después en la escena, también lo hicieron sus obras de teatro, de las cuales fue merecedor de varios premios, algunas de las más destacadas son: *Profundo* (1971), *Acto cultural* (1976), *El día que me quieras* (1979), *El americano ilustrado* (1986) y *Autorretrato de artista con barba y pumpá* (1990).

Durante toda su vida Cabrujas se desempeñó en distintos cargos como: Director del Departamento de Cultura de la Universidad Central de Venezuela (1965), fundador de la revista *Etcétera* (1967), miembro de la junta directiva del Nuevo Grupo (1967), integrante del Movimiento al Socialismo MAS (1971), docente de la escuela de Arte de la UCV (1978-1988), presidente del taller de Ópera de Caracas (1981), gerente de Dramáticos de Marte Televisión (1990) y facilitador de talleres para futuros escritores en el Instituto de Creatividad y Comunicación (1992).

Cabrujas fallece el 21 de octubre de 1995 debido a un infarto. Pero su legado permanece vigente, y es conocido como el renovador del género de la novela en Latinoamérica. Sus aportes fueron reconocidos y se le otorgaron distinguidos premios como: Premio Nacional a la mejor Obra de Teatro por *Acto cultural*, otorgado por el Premio Juana Sujo y Critven (1976); Mejor Obra de Teatro por *Acto cultural*, otorgado por El Cervantino de Oro (1976); Mejor Película por *El pez que fuma* otorgado por en el XIX Festival de Cartagena (1980); Mejor Obra por *El día que me quieras*, otorgado por el Premio Municipal de Teatro (1980); Mejor Obra por *El americano ilustrado*, otorgado por el Premio Municipal de Teatro (1986); entre otros.

## **EL ETERNO JOSÉ IGNACIO CABRUJAS: Algunos referentes para su universo escritural**

Carlos E. Herrera

Ingresar al universo dramático gestado por José Ignacio Cabrujas Lofiego (17 de julio de 1937 – 21 de octubre de 1995) es indudablemente un reto fascinante para cualquier intelectual, lector o artista de la escena. Uno de los referentes más eximios de la dramaturgia venezolana entre 1959 y 1995, siendo para algunos académicos uno de los autores más singulares que ha producido el país cuya obra ha calado con honda huella dentro de la gran producción teatral de la nación. Su corpus dramático (obras de teatro), sin ser dilatada en relación con autores como César Rengifo, Román Chalbaud, José Gabriel Núñez y quizás, el más prolífico de todos, Rodolfo Santana, por solo citar cuatro de los más conspicuos a lo largo de la contemporaneidad del siglo xx y parte del xxi, sigue suscitando un alto interés en el mundo académico, en el ámbito de la representación teatral venezolana y ha calado hondamente en el tramado imaginativo de nuestra sociedad. Tanto sobre su fascinante personalidad como su magnética obra (en prosa y teatro) se han forjado un sinnúmero de entendidos, análisis

y aproximaciones que ya cercanos al cierre de esta primera década de la presente centuria se acrecienta en tal modo que provoca ardorosas polémicas, sesudas interpretaciones, enjundiosas monografías, y disímiles tratados académicos que van de parques trabajos de grado a tesis de doctorales.

Cabrujas fue un dramaturgo cuya producción teatral escrita (teatro, guiones televisivos, textos performánticos y artículos de prensa) no se le podría calificar de inabarcable pero sí, casi en su totalidad impregnada de esa aguzada singularidad de ver donde muchos no fueron capaces de ver. Para uno de sus amigos y admiradores como lo fue el escritor Ibsen Martínez, la imagen de José Ignacio Cabrujas era la de ese versado “scholar en politología y otras supercherías” cuya irradiación ha sido permanente, tanto en los que orbitaron cerca de él como en aquellos que fueron impactados profundamente por su pensamiento y acción teatral. Es por ello que Martínez afirma, dentro del prólogo para *El Mundo según Cabrujas* (compilación de la casi totalidad de los artículos de este escritor desde los setenta hasta 1990, realizada por la periodista Yoyiana Ahumada), que en este excelso ciudadano la intelectualidad nacional supo “engastar el arquetipo de intelectual público, en un autor genuinamente influente”. Y ello no tiene que sorprender, Cabrujas con lo que fue su maravillosa capacidad de percibirnos logró lo que pocos han hecho: aprehender parte del sentir idiosincrático social

venezolano a través de una obra sincera que no requirió sino de un grupo pequeño pero medular de obras teatrales tras las cuales personajes y tramas el venezolano del siglo xx, y lo que será buena parte del siglo xxi, podrán armarse de un sentido único de lo que ha sido la constitución anímica del espíritu psicosocial de su ser.

Hay pocos estudiosos de su vida y obra que no hayan llegado al consenso unánime que él y su obra representan la voz imprescindible que se ausentó cuando más el país esperaba su asombroso discurrir. La escena nacional quizás esté siendo una de sus viudas más solitarias porque en ella y sobre ella, este autor fue capaz de mantener ese filoso “ejercicio dialéctico demoledor de ideas decimonónicas” que las más de las veces parecía fluir en su verboso pero medular pensamiento, trazado en decenas de agudos artículos que estuvieron hacia finales de los años setenta del siglo xx estructurados tras el llamativo pseudónimo de Sebastián Montes, incisivo seudónimo que ya de por sí implicaba el detonante de un ácido humor y un sarcasmo corrosivo, sobre lo que el país le mostraba como forma y fondo desde las visuales de lo político hasta el horizonte de lo social.

Por ello, será siempre un reto tratar de descifrar, no solo los profundos misterios de su personalidad, sino las fronteras precisas englobadas en una producción teatral que apenas

sumó catorce títulos, los cuales en su gran mayoría han sido representados en la escena nacional y seguirán generando una arquitectura de interpretación particularmente compleja. Cabrujas fue —y seguirá siendo— referente inocultable. Ello queda expresamente determinado cuando se efectúa una mínima topografía de lo que su obra (prosa y teatro) generó en la sociedad académica y artística de este país. Curiosamente este mismo autor supo autoexaminarse y exponerse ante los ojos ajenos cuando el historiador Rafael Arráiz Lucca, en una entrevista asentada en el libro *Venezuela en Terapia Intensiva* de la Editorial Alfa (2003) y citada en la compilación realizada por Ahumada (*El Mundo según Cabrujas*), le hace radiografiarse diciendo sobre el poder, la televisión y el teatro: “Pero el poder me ha enseñado. La televisión me ha enseñado a escribir teatro, me ha hecho un mejor escritor de teatro porque me ha enseñado a conocer a la gente, a la imagen de la gente”. En ese mismo tono se sinceró ante su entrevistador definiendo su mirada como autor: “Como dramaturgo me siento más cómodo. La televisión es un camino, es una costura, es demasiado amplia” o cuando coloca el logro más culminante que cimentó las columnas vertebrales de sus obras/personajes más notorios al expresar que: “A mí me gustan los pequeños fracasados, no los grandes fracasados. No me gustan los exitosos sino los que abordaron el fracaso como una profesión de la vida” (p. 308).

Y no hay que ser ratón hemerográfico o el búho devorador de libros para aproximarse al hombre que se definía a sí mismo, al intelectual que trataba de explicar (se) al país o, al observador ciudadano que sondeaba los vaivenes de lo sociopolítico cultural cuando él se sabía que también era parte del complejo universo social de esta nación. Individuo pensante, artista comprometido y ciudadano actuante en la Venezuela cambiante del periodo de cierre de las tres últimas décadas del siglo xx. Solo basta buscar aquí y allá, en algún estante de librería para que cualquier lector acucioso más que curioso se acerque sin trabas al dramaturgoprosista, y leerlo de forma directa con solo adquirir el trabajo de compilación, generado por la paciencia investigativa de Yoyiana Ahumada, de lo que fue ese vital *corpus* de prosa, delineado en artículos que Cabrujas suscribiese durante los años setenta en la revista *Punto en Domingo*. Como corpus central del libro aparece una selección de los artículos de *El Diario de Caracas* en su columna El país según Cabrujas, desde 1988 hasta 1994, y uno adicional de *El Nacional* que recorre la democracia cuarto republicana y se asoma a las primeras trazas de la llamada quinta república. Un libro esencial para comprenderlo y percibirlo, para mostrarlo y revelarse de forma diáfana, gracias al esfuerzo gestado por la Editorial Alfa en su Colección Hogueras intitolado *El mundo según Cabrujas*, lanzado al mundo de los lectores en el año 2009.

Buena parte de su dramaturgia logró ver vida impresa y estar al alcance de directores, actores, estudiantes y del mundo académico. Si bien se sabe que su producción aún está por compendiarse globalmente, el universo de la obra cabrujiana aspira a que se le pulse y se le unifique en un estudio cartográfico preciso a fin de situar donde está cada coordenada de sus escritos, sean éstos de obras de teatro, artículos de prensa o estudios de su vida y obra. Supone un esfuerzo titánico, demanda un examen pulcro y desinteresado capaz de auscultar con exactitud cada aspecto de su legado y de lo que de su legado se ha analizado y entendido. Todos estos ángulos hacen que la labor de pesquizaje implique saber que hay aún títulos inéditos difíciles de hallar, a fin de armar el rompecabezas general del pensamiento de este creador y artista. Lo cierto es que en las manos y mentes de otros intelectuales e investigadores se hallará la línea más aproximada al universo cartográfico de la obra esencial de un autor y “una de las *intelligentzias* más complejas y brillantes del siglo xx venezolano” tal y como lo afirmó la propia Yoyiana Ahumada en la presentación de la compilación arriba indicada.

Nuestro presente necesita más que nunca todo el pensamiento de este José Ignacio Cabrujas ya que como Rafael Osío Cabríces, en su crónica dominical (publicada dentro del encartado *Todo en Domingo* del diario *El Nacional* de fecha 11-07-2010), afirma: “Él quería mucho a este país, de hecho

hablaba sobre cuánto lo quería, pero de un modo problemático como corresponde a una persona con valores, con independencia de criterio y con criterios sólidos sobre lo que le interesaba”. Este Cabrujas se nos ha ido revelando de a poco o de a mucho según el pasar del tiempo.

Su obra en ese presente habla y repercute sin que él mismo lo hubiese planificado. El futuro que él quizás imaginaba estaba cimentado en su visión de un presente concreto y en la comprensión de un pasado bien macerado. Y no es que el Cabrujas que llegamos a conocer nos hubiese abandonado físicamente aquella luctuosa tarde del año 1995 cuando pasaba unos días de descanso familiar en la Isla de Margarita, sino que la trascendencia de su pensamiento, la reflexiva vitalidad de su posición ante su país y sociedad aún sigue instituyendo esa potencia de hombre/individuo que supo auscultar a este país, de un intelectual que avanzó hacia la mejor de las comprensiones de futuros imperturbables, pero que no por ello aspiró jamás a que se le santifique como señal de poseer un grupo de verdades cerradas. Si él fue tan franco con su hablar y su pensar, ¿por qué endiosarlo?, ¿para qué colocar de forma críptica sus ideas sobre esta sociedad? Lo justo es percibirlo y aprehenderlo tal y como él se auto percibió diciéndonos: “Vivo en un mundo sucedáneo, donde las cosas en lugar de ser, se parecen: calles, edificios, códigos, constituciones, sistemas educativos y recetas de cocina” (p. 19). Ese Cabrujas

íntimo que muy de fondo no quiso que lo ensalzaran en demasía, hacia 1996 expresaría en torno a lo político de este país:

“(...) o al menos, lo que queda se ha liberado de sus redentores. El país que vivimos intenta ahora nada menos que su supervivencia inmediata después de pagar el vano esfuerzo de una síntesis (...) No somos reducibles, ni descifrables. No hay civilización y barbarie, ni democracia y dictadura, ni socialismo redentor ni capitalismo malvado al menos como opciones de nuestras horas. No hay síntesis, porque hasta el momento hemos sido incapaces de escribir un buen libro capaz de analizar, no digo un siglo, una década de lo vivido” (pp. 265-266).

Quizás esas frases se puedan convertir en oportunas pistas para no construir de la figura de José Ignacio Cabrujas una especie de parnaso extraviado y menos aún de erigirle algún acartonado monumento marmóreo que con el pasar de las décadas terminen por desfigurarle a los ojos y entendimiento de la misma sociedad que él tanto hurgó.

Cualquiera que aspire a endiosar su personalidad o de tratar de colocar su *corpus dramaticus* en un cierto olimpo áureo solo podría conseguir manchar ese firmamento radiante de las reflexiones que sostendría la personal clarividencia de ideas

de Cabrujas, porque él mismo lo ratificaría muy subtextualmente cuando dejó hilado lo siguiente:

“Somos barrocos porque somos incapaces de expresarnos y entendernos, y encontrarnos en esa manera amontonada de representar la realidad el símbolo de nuestra frustración. Somos barrocos porque no sabiendo relatarnos, la necesidad nos obliga a describirnos. Somos los fantásticos ilusos de la ideología, porque el día y la hora no nos dicen absolutamente nada. Nuestra trascendencia, es decir, aquello que hemos dejado atado, aquello que significa, es elusiva y sobre todo extraviada” (p. 266).

Por tanto ese Cabrujas que supo mirar su tiempo lega a este nuevo ciclo temporal la inefable sabiduría que uno podría ejercitar como pregunta para lo que se hila dentro de cada circunstancia sociopolítica o sociocultural. ¿Acaso se hace necesario hacer trascendente ciertas explicaciones?, creo que no, porque si no estaríamos hollando la senda de seguir y proseguir haciéndole ese flaco favor a nuestra memoria de país. Quizás aquello que zahería más íntimamente a este hombre/creador/intelectual era su visión sobre el papel jugado por los mitos y el Estado, inquietudes que plasmaría en frases que se pueden extraer de sus artículos “La viveza criolla. Destreza, mínimo esfuerzo o sentido del humor” y sobre todo, el preclaro escrito “El estado del disimulo”.

En uno, nos dice: “Los venezolanos hemos generado mitos en relación con nosotros mismos, porque los venezolanos somos admiradores de los mitos, porque no entendemos nuestra historia” (p. 249), en el otro hace contexto y subraya eso de lo histórico para afinar el piso de esa potencial absurdidad de dependencia con la esfera del Estado al decir que:

“Han pasado siglos y todavía me parece vivir en un campamento. Quién sabe si al campamento le sucedió lo que suele ocurrirle a los campamentos: se transformó en un hotel. Esa es la mejor noción de progreso que hemos tenido: convertirnos en un gigantesco hotel donde apenas somos huéspedes. El Estado venezolano actúa generalmente como una gerencia hotelera en permanente fracaso a la hora de garantizar el confort de los huéspedes (...) El gigantesco hotel necesitaba la fórmula de un Estado capaz de administrarlo” (pp. 47-48).

José Ignacio buscó entender esa historia que tanto le dolía y que no esperaba de ella más de lo que le permitiese asimilar; para Cabrujas MITO y ESTADO (ambas en mayúsculas) fueron —y seguirán siendo— mónadas que tienen ese sello de ser inexpugnables en su sentido explicativo para la percepción/entendimiento práctico del día a día de esos ciudadanos de finales del siglo xx como del actual.

El valor es sencillo: hay que proveernos de la mirada de alguien más perspicaz que maneje estos tótems de contenido y ver cómo evitar que de su síntesis hagamos ese falso acto cultural en que permanentemente parecemos obrar. La punzante crítica y la profunda visión de esta *polis* y los comportamientos de los habitantes hacen que pocos sean los elegidos para descifrarlas.

José Ignacio Cabrujas fue uno de ellos. Que seamos consecuentes en saber vivenciar respuestas sensatas y generar preguntas inteligentes que nos hagan progresar, se podría decir que era la aspiración medular para lo que fue la dinámica de este escritor/creador y esto tiene al parecer, un dejo histórico que no resulta fácil de sacudirse:

“Venezuela, en ese sentido, es un pueblo especial dentro de nuestro continente; es un país que no ha tenido la consciencia de su propia historia, es un país en gestación. Venezuela es un país no posicionado, nadie en el mundo sabe qué quiere Venezuela, qué proyectos, qué ambiciones, qué deseamos” (...) Aquí lo que hay es un lento, dramático y desesperado esfuerzo de una sociedad por asumirse a sí misma, en un territorio y dentro de unas costumbres y unos códigos que ni le corresponden, ni la expresan y, en ocasiones, ni siquiera la sueñan” (pp. 250-256).

Ese es el sentido de la urdimbre que ha marcado a este país, a esta sociedad y a sus instituciones en palabras más, palabras menos desde lo que se puede extrapolar de las reflexiones cabrujianas: “la ominosa densidad de la apariencia”. Cabrujas quiso evitar que lo percibiésemos sin caer el telón de una ópera bufa donde el público no sabe si reír, llorar o aplaudir, en todo caso, aparentar cualquiera de esas acciones, pero con el tino de aparentar una seguridad y disfrute bien colocada. Pero José Ignacio Cabrujas nunca esperó que nos contentáramos con ser pasivos espectadores de una ópera bufa, ni que el llanto mojase la platea y menos aún, que la risa opacase las durezas de la realidad, sino que más bien al bajar el telón de cada ciclo de realidad, el estado del disimulo fuese cada vez menor. ¿Por qué no asumir la maravilla de rectificar? Si hay ese sentido de girar hacia algún grado de positividad social e individual resultaría bastante probable que en el horizonte se empiecen a dibujar criterios y dignidades más prístinas que a la postre podrían incluso dar el salto vital a una herencia de ciudadanos, hombres e individuos mucho más comprometidos no con cualquier canto de sirenas para trata de arreglar o compensar alguna transitoriedad sociopolítica o sociocultural, sino con pasar a convertirse en ese “hombre honesto” que ya no tiene porqué disimular para evitar ser visto como un pendejo más.

Lo que sí importa es que la mirada cabrujiana se rastrea en la escena nacional y en las decenas de artículos y trabajos dedicados a su legado. Los últimos meses del 2010 podrían considerarse como una etapa notable tanto para su pensamiento, como para el rescate de las obras de quien una vez fuese inscrito como miembro de la Santísima Trinidad de la dramaturgia venezolana. Su pensar curiosamente ha retomado un sentido y pertinencia que asombra al conocedor de lo que fue el verdadero hacer del Cabrujas artista. El neófito y el académico saben de él con menos o con más justicia, pero la historia de lo que él significó se asienta más allá de cualquier *boom* que se irradie de alguna representación de sus obras más conspicuas, por ejemplo, un caso ilustrativo se derivó de la escenificación de *Profundo* (en 1971 en la sala Alberto de Paz y Mateos con su propia dirección) y retomada en una producción enmarcada como trabajo de grado en la Sala Anna Julia Rojas por graduandos de la UNEARTE (junio de 2010), más el relevante hecho que la Editorial Equinoccio de la Universidad Simón Bolívar, en su colección Papiros Recorridos, hubiese retomado con un alcance denso algunas de las caras vitales para aprehender la base de la cual emergió este escrito teatral y como contextualizarlo dentro del universo cabrujiano. Dos montajes —distantes en épocas disímiles y por instituciones con distintas vocación, una artística, otra académica, pero ambas sintonizadas con el reto de provocar (y seguirlo haciendo) al público receptor en la decodificación

de un ideario particularmente reconocible— que junto a la edición de la casi totalidad de sus obras teatrales permiten colocar un ladrillo más a la estructura de comprensión de este dramaturgo venezolano.

Sabemos que la obra de este insigne autor no es fácil de ver en las marquesinas y sin embargo cada lectura —correcta o no— permite que el ciudadano del aquí y ahora, el estudiante de secundaria, el profesor universitario o sencillamente, ese gran público/espectador/lector siga atento a lo que posiblemente sean las cartas y oráculos que destellan tras cada sentencia de lo que alguna vez aprehendió de su personal realidad este José Ignacio Cabrujas y trate de desentrañarlo detrás de su ácida prosa o a través de los eternos parlamentos de sus personajes más asombrosos. Bajo cualquiera de sus obras representadas está la rúbrica de su ideología y su sentir por lo nuestro. Su pensamiento e influencia para este nuevo tiempo sociocultural sigue siendo de interés para académicos o estudiantes universitarios; cada pieza cabrujiana es reto y osado intento para iluminarnos e iluminarle como pensador de un tiempo que parece seguir diciendo cosas al que se acerque desde la postura de director, actor o diseñador con el pretendido de otorgarle vida escénica a alguno de sus textos. Incluso, en el remontar las menos montadas o explorar las incógnitas de sus piezas inéditas estará la posibilidad de ese universo proverbial que reta al retador y

para botón, sólo una muestra: *Venezuela barata* (1965-1966) o *El tambor mágico* (1971).

José Ignacio Cabrujas fue —y aún sigue siendo— ese autor/intelectual que sigue siendo palpado por nuestra sociedad que está marcada por el sino de lo olvidadizo. Pero su legado ha estado a la mano de todo aquel que desee proveerse de forma directa de su pensar/comprender un país y su sociedad, y aquellos que le siguen estudiando prosiguen gestando más y más análisis tanto de sus obras poco conocidas hasta de las rendijas más singulares de sus corpus de opinión. Es todo un abanico que abren compuertas y nunca cierran acotaciones. Ha sido una de las ofrendas intelectuales más rutilantes de los últimos treinta años en Venezuela y por tanto, cualquier estudio, artículo o reflexión sobre lo que fue su vida y obra, permitirá a futuros venezolanos entender con mayor diafanidad lo que José Ignacio Cabrujas aportó en su existencia vital como creador.

Y sin embargo, tratar de abarcar de forma sistemática la dimensión del eterno Cabrujas es uno de los retos más excitantes desde cualquiera campo desde donde se coloque la lupa de análisis de sus obras; se puede afirmar que supera con creces el filo de todo buen escalpelo y también que incidir ese *corpus* dramático y de reflexiones en forma de artículos siempre estará ahí para estudiantes, académicos, críticos

o sencillamente un desprejuiciado lector pueda detectarlo en fuente directa o indirecta, porque ¿quién con más de sesenta años de vida en este país no ha sabido algo particular sobre la vida José Ignacio Cabrujas? Creo que hasta los más novatos que hacen sus pininos en el mundillo de lo escénico lo presienten, no como una sombra eclipsada sino como fulgente estrella en el firmamento de los connotados del cosmos literario y mediático de esta Venezuela.

¿Qué hombre o mujer de esta nación en permanente transformación no habrá leído o entrado en contacto con la fuerza de sus opiniones asentadas en decenas y decenas de artículos que supo rubricar con agudeza? ¿Quién no ha oído la influencia que marcó sobre las telenovelas? ¿Quién en este 2010 no sabe que existe un personaje llamado Pío Miranda o Cosme Paraima aunque nunca haya leído sus amargos parlamentos de “fracasados”? ¿Quién en estos años no ha sido tocado en el horizonte de algún medio impreso, radial o televisivo con alguna mínima referencia de su nombre? ¡Pues, estoy seguro que casi todos! Hombres, mujeres y en especial, de estas nuevas generaciones que se forman en distintos centros de arte teatral como la UNEARTE orientada a la formación superior para las artes. Todos sin excepción están teniendo la suerte de volver la mirada a lo que José Ignacio Cabrujas nos legó.

Eso es lo que hace al hombre trascender a su época, su tiempo e insertarse dentro del imaginario nacional, tal como era hecho verificable que quienes tuvimos la suerte de ser sus alumnos o trabajar con él comprendíamos que poseía un poderoso imaginario desde el cual irradiaba un dibujo con pocas enmendaduras de lo que era el cambio de esta sociedad, de sus individuos, del país y sobre todo, del concepto de la palabra nación. José Ignacio Cabrujas fue espejo e imagen de su tiempo; para aquellos que lo miraban actuar desde y fuera de las tablas nunca fue un ser atormentado, ni menos aun anclado a un nostálgico pasado; supo prever el presente sin excesos de ironías, sarcasmos o de un pastoso cinismo. Siempre agudo con ácido humor y prestancia de ideas como si él hubiese entendido que desde estas coordenadas dependiese el futuro de armar la imagen del país que tanto amó. Sus contradicciones siguen siendo un universo dentro de otro universo. Sus interrogantes de artista e intelectual tienen la gloria que buscaron interpretar el alma y conciencia nacional, sin que él haya tenido que ostentar los gloriosos títulos que otros detentan.

A Cabrujas se le puede considerar como hito insoslayable y referente para las letras nacionales del pasado y del presente siglo. No es cuestión de magnificarlo, sino tratar de colocar algunas coordenadas de referencias para acercarse a su obra y la comprensión de la misma. El creador fue hombre accesible

y llano —le recuerdo cuando fui asistente de dirección de dos de sus piezas como lo fueron una reposición de *El día* que me quieras o en el estreno original de *El americano ilustrado*—; nunca dejó que se le desfigurase su reputación de primero ser artista, ser hombre-ciudadano y después, prístino intelectual; asequible en la charla o al pedírsele tal o cual opinión sobre el acontecer nacional, cuando fumaba endemoniadamente y entre inhalación y exhalación su voz profunda e inaudible decía cosas puntuales y sin ambages.

Ese es el creador e intelectual que admiré y que me magnetizó; no el Dios áureo que situaba “verdades” y enunciaba sentencias a diestra y siniestra. Fue hombre de tablas que supo ofrecer lo más auténtico de su comprensión y ofrecerse a los demás en ideas siempre atadas al mundo social del cual se nutría. Me atrevo a confirmarlo (desde mi óptica) como un verdadero “animal de teatro” que imbuido de sapiencia, entrega y consciencia fue —y creo que lo sigue siendo— uno de los más penetrantes ojos de la venezolanidad que ha parido esta Caracas.

Pero, como siempre la figura y talante de José Ignacio Cabrujas se debe saber estudiar a través de la luz de su propia obra y de quienes la analizaron. Este exiguo ensayo forma especie de mapa inconcluso que podría apoyar al lector sobre cuáles fueron y dónde están parte de sus obras, quién

se ocupó de suscribirlas y, sobre todo, dejar en negro sobre blanco que la presente entrega es solo un elemento más que aspira aportar una traza a su legado como dramaturgo. He ahí que se puedan mencionar los trabajos de grado rubricados por De Sousa V. Claudy y Pages G. Hugo Rafael, con su *Descubriendo a José Ignacio Cabrujas* (1999) y *Análisis del discurso ideológico en tres obras de José Ignacio Cabrujas* (1999) que se pueden consultar en la Multiteca de la UNEARTE. Están los referentes escritos por el crítico y teatrista, Luis Alberto Rosas Aparicio, quien hacia 2004 presentó para la Escuela de Artes de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, su trabajo de grado titulado *Sonny, diferencias sobre Otelo, el moro de Venecia, de José Ignacio Cabrujas, y Otelo, el moro de Venecia, de William Shakespeare. Analogías y diferencias sobre un mismo tema: Análisis estructural*; el trabajo de grado efectuado en 2000 por Yoyiana Ahumada Licea para aspirar a su título de Magíster en literatura Latinoamericana de la USB, *Venezuela: La obra inconclusa de José Ignacio Cabrujas*. De esta misma autora, unos años más tarde (2007) se puede consultar su impreso *Cabrujas: Ese ángel terrible* editado por la Fundación para la Cultura Urbana. Tenemos del catedrático Leonardo Azparren Giménez, su libro *Cabrujas en tres actos* (1983) publicado por la desaparecida editorial del El Nuevo Grupo.

Otro elemento cardinal de consulta estaría ubicable en el aporte dado por Gleider Hernández cuyo libro, del año 1979, *Tres dramaturgos venezolanos de hoy: R. Chalbaud - J.I. Cabrujas - I. Chocrón*, vio también luz impresa en las ediciones de El Nuevo Grupo.

En el número n.º 100, 21 del año 1986, la extinta revista *Imagen* que publicaba el CONAC, se halla el aporte de Carlos E. Herrera con su artículo *El americano ilustrado*. El campo editorial también ofrece de la mano de Francisco Rojas Pozo, en el año 1995, su libro *Cabrujerías*. Un estudio sobre la dramaturgia de José Ignacio Cabrujas que fuese impreso por la Universidad Pedagógica Experimental Libertador de Maracay (edo. Aragua). Sobre la prosa suscrita por el propio José Ignacio Cabrujas sabemos que está: *Prólogo a La Memoria de los inconfesables* y constatable por la editorial *Tiempo Nuevo* (1972). Su aguzada entrevista titulada “El estado del disimulo”, publicada en *Estado & Reforma de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE)*. Número especial “Heterodoxia y Estado” del año 1987. La publicación de la entrevista que le efectuase la periodista Milagros Socorro a través de la editorial *Tres Voces de la Fundación para la Cultura y las Artes (Fundarte, 1994)* bajo el título *Catia*. En el año 1988, la *Fundación Polar* editaría *La ciudad escondida* en su serie *En Caracas*. Como colofón, sería de alta utilidad

para un lector investigador acercarse al texto y Latinoamérica inventó la telenovela editada por la casa Alfadil Ediciones, en 2002.

Las obras de José Ignacio Cabrujas pueden ser rastreables desde Juan Francisco de León (1959) por Ediciones Pancho El Pájaro de la Sociedad Dramática de Maracaibo; *Fiésole* (1967) publicada el año 1971, en 13 autores del nuevo teatro venezolano con selección y presentación de Carlos Suárez Radillo para la casa editorial Monte Ávila Editores de Caracas. También se puede sumar, *La sopa de piedras dentro de la Antología de la Dramaturgia infantil venezolana 1951-2002* en el Tomo I y que fue recopilada por Armando Carías para el Fides, Caracas.

Por otro lado, podría citarse *Profundo* en 1972 y 1982 por la Editorial Tiempo Nuevo, S. A. Caracas y Monte Ávila Editores, Caracas. Está *La soberbia milagrosa del General Pío Fernández en Los siete pecados capitales* que publicase en 1974 Monte Ávila Editores, Caracas. *Acto cultural en El teatro de Cabrujas* de la editorial Pomaire/Fuentes con prólogo de Orlando Rodríguez (1991). *El día que me quieras* por el Fondo Editorial Fundarte, Caracas 1979. *El americano ilustrado* de 1991 en *El teatro de Cabrujas* de la Editorial Pomaire.

Solo algunos títulos entre los varios publicados de algunas de la piezas más connotadas de este autor y, sin embargo, ya se sabe que para 2011 posiblemente la Editorial Equinoccio de la Universidad Simón Bolívar, tentativamente, edite buena parte de las piezas inéditas de José Ignacio Cabrujas entre las cuales cabría mencionar: *En nombre del Rey* (1963) y *Camino a Santiago* (¿?) aparte de textos performánticos de los años setenta. Sabemos que esta minúscula cartografía podrá ser ampliada; ya para el año 2011, saldrá bajo la luz editorial textos que se daban como perdidos, artículos que poco se conocen e, incluso, trabajos de catedráticos o preocupados estudiosos de su obra. Una cartografía que deberá siempre contar con esos textos puntuales de la obra dramática cabrujiana, donde su exquisita prosa seguirá siendo norte y brújula para cualquier lector/estudioso que entienda que de este autor se pueden expandir más y más coordenadas que apuntalen con precisión la justa dimensión de uno de nuestros más altos valores teatrales y literarios de la actual Venezuela contemporánea.

## BIBLIOGRAFÍA

Cabrujas, J.I. (2009). *El Mundo según Cabrujas*. (Investigación y compilación de Yoyiana Ahumada). Caracas: Editorial Alfa

Herrera, C.E. (2010). El eterno José Ignacio Cabrujas: Algunos referentes para su universo escritural. *Theatron*. Año 16 (20 y 21). pp. 57-64.

## EL ETERNO JOSÉ IGNACIO CABRUJAS: Algunos referentes para su universo escritural

José Ignacio Cabrujas y su obra han dejado su huella dentro de la producción teatral de la nación. Sus escritos se nutrían de la realidad social, cultural y política, buscaba interpretar el alma y la consciencia del país. Cabrujas era un individuo pensante, un artista comprometido y un ciudadano actuante en la Venezuela de los años 1970-1980, que con su producción cultural quería despertar la mente de los ciudadanos, tocando temas como la corrupción, la soberanía, la identidad nacional y la libertad de expresión.

### **Carlos E. Herrera (Caracas, 1957-2016)**

Licenciado en Artes de la Universidad Central de Venezuela, Maestría en Teatro Latinoamericano Contemporáneo (UCV), fue docente de la Unearte y presidente de la Asociación Venezolana de Crítica Teatral (Avencrit). Ha colaborado en distintos medio de comunicación, como: *Revista Escena*, *Publicarte*, *Ciudad CCS*, *Encartado Todos Adentro*, *Periódico del Teatro* y *Periódico del Festival*. Entre sus publicaciones se encuentran: *Ensayos, crónicas y críticas sobre teatro venezolano* (2013) y *Apuntes para armar una visión del País teatral* (2011).

